

EL ESPAÑOL COLOQUIAL
Y EL SENTIDO DE LA EDUCACIÓN IDIOMÁTICA
propuestas metodológicas

José Polo
Universidad Autónoma de Madrid

I
PRELIMINARES

1. Precauciones coloquiales o casi-patología del hablar.
Un ejemplo literario

«Pero los amigos de Frankenstein hablan con demasiada rapidez, abundan en elipsis y sobreentendidos, aluden con picardía a algo de todos conocido, ensayan con felicidad frívolos juegos de palabras... Entonces yo, que finjo estar abstraído en mis papeles, tiemblo ante la irresponsable temeridad de los amigos de Frankenstein. Quisiera decirles: “Hablen más despacio; completen las frases; sean explícitos en todo; renuncien a la sutileza: ¡miren que Frankenstein no entiende!” || Sé que esta advertencia, de ser seguida, evitaría una catástrofe general. Pero me abstengo de intervenir. En efecto, ¿qué sería de mí si Frankenstein supiera que conozco su imbecilidad? “Lo mejor es callar —me digo entonces— y no atraer solamente sobre mí las iras de Frankenstein. || Pero, sobre todo, siento miedo. Me pregunto: “¿Qué oscuros resentimientos agitarán el elemental cerebro de Frankenstein? ¿Qué amorfos deseos de vaga venganza suscitará en él una inocente planilla que Frankenstein no acierta a comprender del todo?”» (Fernando SORRENTINO, *El mejor de los mundos posibles*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1976, págs. 69-70).

2. La fascinación de lo coloquial

Domina no solo a alumnos, sino a profesores. No se dan cuenta estos de lo difícil, de lo tenso que es poder mantener un grado aceptable de rica y correcta coloquialidad cuando se vive fuera de la salsa... cubana. No es razón que prive en la calle lo coloquial (también privan muchas otras cosas): la mera comprobación de lo que de hecho existe no debe nunca interpretarse como opción positiva u obligación. El sentido de la educación —idiomática en este caso— es hacer lo que deba hacerse según un ideal, coincida o no con la realidad, *que no es inamovible*. La educación está ahí también para ayudar a cambiar determinados hechos (incluyendo los idiomáticos, sociales como son). Lo ideal es hallar una vía dinámica, dialéctica, entre la impura/plena realidad y su decantación cultural dirigida por un sentido de eficacia comunicativa, de estética y de reconocimiento de los mejores logros del pasado.

II GUÍA TEÓRICA

1. Lo «extranjero» seguirá la ruta de lo hispanohablante

Lo extranjero obedece a lo hispanohablante, del que es «metalenguaje». Seguid, pues, los caminos de los hispanos: gran parte de las dificultades es repetición o prolongación de las existentes en el «lar fundador» o fuente del idioma. No creemos, por consiguiente, dos frentes distanciados de trabajo, sino uno solo, amplio, con los matices específicos de cada aplicación pedagógica.

2. El maremagno relativo de «variedad dentro de la unidad»

Sí: se trata de poner algo de orden en la casa antes de ofrecérsela a los vecinos (apertura internacional). De otro modo: el tira y afloja de lo unitario y lo disperso de acuerdo con los niveles de cultura. Aun así, no es tanta la unidad si se afinan las metas ideales: unidad en niveles cultos erosionados por una educación idiomática sistemáticamente deficiente. Cuanta menor distancia entre lo coloquial general y lo específico de extranjeros, mejor: más fácil resultará atar los necesarios cabos de la no menos necesaria «unitaria visión panorámica». De nuevo lo posible dentro de lo ideal: *pan-* frente a *sin-* (a través de *dia-*): riqueza y flexibilidad diafásica a través de la cultura.

3. Pero ¿existe un español «panfamiliar»?

Lo familiar-coloquial o «afectivo más bien no contenido» es, justamente, el reino de la libertad, de la dispersión, el antípoda de *pan-*, salvo que se mire hacia la «forma interior» de nuestra «lengua histórica» (compárese la presencia de los clásicos de este ámbito —Beinhauer, por ejemplo—, grandes «culturalistas» todos ellos). Quizá exista una zona común hispánica en lo familiar, pero no sabemos exactamente cuál, aunque anden por ahí las piezas del rompecabezas danzando diatópicamente...

4. No obstante, habrá que estudiar esa lengua familiar-coloquial

Habrá, pues, que decir algo de su pedagogía/metodología. Además, posee interés antropológico... claro.

5. Ir de lo simple a lo complejo, de lo general a lo específico.

El necesario contraste múltiple. Saber activo y saber pasivo

A

Ir de lo más amplio o general a lo específico resulta, pese a las apariencias, paralelo a ir de lo simple a lo complejo: ir, pues, del contexto a su realización: de lo *diasistemático* o *lengua histórica* (dentro de lo coloquial, una tarea previa es averiguar cuáles son las estructuras esas «históricas» o del conjunto del mundo hispanohablante, activa o pasivamente) a lo familiar idiosincrático de cada país, cada época, cada estrato o nivel sociolingüístico. DOS EJEMPLOS: *a)* el equivocarse en el orden de enseñanza adelantándose en exceso al enfoque de lo coloquial puede traer consecuencias graves: bloqueo de estructuras no coloquiales amplias, desmesurado apego a lo anecdótico o pintoresco, a lo casuístico más bien que a lo sistemático o general. Lo coloquial «quita razón etimológica inmediata»; lo literario la amplía y profundiza. Dejemos, pues, para una segunda etapa la lengua coloquial. Veamos: *lengua escrita/lengua hablada//escritura de la lengua/dicción de la lengua*, sin paralelismo conceptual entre lo que suena a hablar y lo que suena a escribir, porque se trata, en última instancia, de la oposición *clases de lengua/cauces expresivos*. Entresacando de ese esquema complejo —esto es, cruzado por muchas líneas— un orden de prioridad según lo que venimos defendiendo, cabría el siguiente: *lengua culta no coloquial/lengua coloquial, lengua familiar general/lenguas familiares no generales*. Valga lo anterior como simple orientación. *b)* Comenzar por

lo coloquial —lo más complejo, salvo engaño dirigido— es quitarles moral a principiantes, muy necesitados de ella. ¿O, justamente, por lo pintoresco de lo coloquial —si se enfoca semiológicamente, «culturalistamente»—, se les estimula, se les cargan las baterías y se compensa la mayor dificultad con el mayor entusiasmo? No es fácil contestar a esta pregunta. Creo que aquí rige una dosis considerable de sociología aplicada más bien que de pedagogía abstracta: temperamento del estudiante, finalidad específica con la que se aprende/se le enseña el español (razones prácticas, de placer, de formación humanística, de imposición, como auxiliar para el conocimiento sociológico, en sentido lato, de un país o grupo de países, etc.). Podríamos decir en este contexto no que la avaricia rompe el saco, sino que el hombre se impone a la pedagogía teórica y la convierte en peculiarmente/históricamente aplicada: la enriquece con su otra indispensable cara.

B

De acuerdo con ese principio de visión del conjunto —integración o perspectiva integradora—, caben dos soluciones: 1) enseñar primero lo no coloquial y solo cuando haya una mínima base (¿cuándo?) iniciar cuidadosamente lo coloquial, yendo, naturalmente, de lo simple a lo complejo, de lo más común o general a lo particular. 2) No enseñar nunca español coloquial en forma aislada y atomística, sino, por un lado, en contraste permanente/sistemático con lo no familiar y, por otro, con la conciencia plena de que se trata de una modalidad —una «lengua funcional»— dentro del ancho campo de «la lengua histórica» (en este caso, español); no perder nunca la conciencia del conjunto o sistema en el que vive y al que conforma ese dinámico y heteróclito mundo de lo coloquial. 3) Enseñar lo coloquial desde el principio junto con/en contraste con lo no coloquial, pero prestando la mayor atención a lo segundo. 4) La solución que se impone casi naturalmente por razones pedagógicas, una vez se admita que las estructuras coloquiales son más complejas que las otras, es, yendo de lo más sencillo a lo más complejo, crear buenos cimientos con la lengua no coloquial para que luego resista la embestida de la frondosa, escueta, sibilina... coloquialidad.

C

De acuerdo con el principio de la simplicidad varias veces traído a colación, puesto que es más fácil encontrar rasgos diasistemáticos familiares en el *saber pasivo* que en el *saber activo*, oriéntese la enseñanza en el sentido de darle, al principio cuando menos, más énfasis a la capacidad de reconocer variantes de un esquema que a utilizarlas en labor casi imposible por «abstracta» o incontrolable.

6. La peligrosa facilidad de lo vulgar

Con respecto a lo vulgar, deberá enseñarse, por supuesto, pero contrastándolo no solo con el estilo cuidado, pulcro, sino con el familiar: en todos los casos, con ejercicios que ayuden a la ideal fluidez *interfásica* (o de cambio de registro según la situación comunicativa). Por otra parte, la misión del profesor no es tanto «impedir» que el alumno utilice determinadas expresiones cuanto enriquecerlo con materiales de todos los estilos, explicándole los efectos estilísticos y sociales de cada opción y que sea el propio alumno, en la medida de lo posible y en uso de su libre albedrío, quien decida si le interesa valerse de una u otra modalidad lingüística. Comprendo, sin embargo, que en la práctica puede resultar bastante llosa semejante actitud abierta, especialmente en principiantes, ayunos de «uso de razón estilística».

7. Lo coloquial y sus raíces «antropológicas». Grados de énfasis según tipo de alumnos y metas a corto, medio y largo plazo

Según el tipo de alumnos —«pragmáticos» o humanistas/culturalistas—, se profundizará más o menos en las raíces antropológico-etnográficas, etc., de los hechos de la lengua coloquial. En cursillos de urgencia para efectos meramente comunicativos, podrán insinuarse cuestiones humanísticas ligadas a expresiones coloquiales (compárese, por ejemplo, José María IRIBARREN/*El porqué de los dichos* y el ya mencionado Werner BEINHAEUER, varias obras), pero no desarrollarse. Estas cuestiones «antropomórficas» parejas de lo coloquial sí deben presentarse, en cambio, en un curso de español avanzado. Dudo que con los planes de estudio conocidos se haya dado *realmente* alguna vez tal situación —coloquial de nivel avanzado—, aunque nunca vendrá mal picar la curiosidad de los principiantes con alguna que otra historia de palabra o expresión familiar.

8. Matar, en suma, la mística de lo coloquial: el indispensable equilibrio y fluidez interestráticos e interfásicos. Las funciones de Bühler una vez más

Lo coloquial es solo una de las modalidades o «lenguas funcionales» deseables dentro del conjunto de la educación idiomática: nuestra «lengua histórica» o español. No habremos logrado el objetivo acabado de mencionar si no pueden los alumnos «traducir» con fluidez las funciones *expresiva* y *apelativa* —predominantes, entiendo, en la lengua coloquial,

además de la *fática* (MALINOWSKI)— a la esencial función *simbólica*, la más genuinamente representante del pensamiento abstracto o «más humano». En síntesis, que el alumno se halle (tienda a ello...) en la zona del «código elaborado» antes que en la del «código restringido»; que su cultura lingüística le permita una libertad de movimientos apta para la vida más intensa.

9. Sentido de la educación idiomática

Debe ser este: evitar lo pedante y lo vulgar en principio; cada estilo en su momento y un «estándar» o promedio personal (*idiolecto*) equilibrado.

10. Hablante ideal, jugadores de la palabra y prestidigitadores verbales

Reforzando quizá la imagen del alumno en situación óptima al final del proceso docente, cabría imaginar que pudiera actuar de *Andrés Pajares* (y algunos más) o imitador de niveles y estilos de lengua (*currante*, profesor, político, etc.): un auténtico malabarista de la palabra, del coloquio.

11. Aplicación de estas ideas en la propia formación de los profesores

Las ideas anteriores, si son acertadas, deberán aplicarse no solo en nuestra labor de clase y en los exámenes, sino en las estructuras/pruebas de selección del profesorado: que sean grandes conocedores de «la lengua histórica» o «diasistema» (COSERIU, como en algún otro concepto anterior) por encima de todo, incluso de la teoría (aunque no tiene por qué darse conflicto, sino justamente lo contrario, en un esquema ideal). Además, como cuanto se diga aplicable a alumnos depende —en su éxito o en su fracaso—, en una parte al menos, de la capacidad de los profesores, nunca vendrá mal añadir algo relacionado directamente con ellos.

12. Instantáneas finales

a) «Dominar un idioma es cosa de hombres» (creación analógica a partir de un texto publicitario). La práctica viva y otras modalidades. Que no nos desconcierte, sin embargo, la vorágine de lo coloquial. Visión integradora de la compleja realidad lingüística. De nuevo el *diasistema*.

b) No, sobre el español coloquial a extranjeros hay bastante más de lo

que se piensa (aunque falten algunas cosas). Además, gran parte del material netamente hispano es utilizable, con prudentes y no difíciles reajustes, en ese otro ámbito.

c) Sí, estoy de acuerdo: faltan cursos de español para extranjeros en los que se lleve a la práctica una rigurosa planificación de los niveles y estilos de lengua: en los que no se enseñen tales hechos en forma intuitiva o apenas «semitécnica». Pero aún no se han creado escalones previos a todo ello.

d) *Libros de texto: posible e imposible unidad/variedad en el español coloquial.* ¿Un solo libro para una misma zona lingüística? Contando con que el profesor debe completar situacionalmente el libro de texto empleado, la respuesta sería: 1) sí es posible dentro del estilo cuidado; 2) en lo familiar, (casi) imposible; 3) tal vez sí en la «forma interior» (HUMBOLDT) de lo familiar; pero ¿quién la descubre en la extensión necesaria para aplicarla a toda una «lengua histórica», aunque sea en una de sus modalidades (lo coloquial)?

e) No, no me opongo a que se enseñe español en forma «situacional», sino al orden con el que se practique: debemos evitar aprender casuísticamente situaciones, que podrán resultar útiles, de otro lado, como ilustración o *alo-* (variante) de esquemas gramaticales amplios que den sentido a las microestructuras visibles en tal o cual situación lingüística. En general, el movimiento pedagógico que recomiendo, incluso en la difícil zona de lo coloquial, es de dentro hacia fuera: de lo gramatical sistematizable y rentable a su realización en combinación con las múltiples posibilidades del «entorno extralingüístico». A la larga, entiendo que es lo más fructífero.

f) Por supuesto, nunca corregiremos de plano a ningún alumno sus creaciones espontáneas dentro del español familiar: innovaciones personales «sistemáticas» aunque no pertenezcan a la norma (COSERIU); pero lo obligaremos a que « traduzca » a otras variantes para que domine la estructura de conjunto y no lo pintoresco de tal o cual expresión (compárese lo dicho atrás en 7, 8 y 10).

g) *También existen peligros:* estimular el estudio de lo coloquial para tesis y similares puede provocar que, dada la dificultad de este tipo de investigaciones (por el propio conocimiento de esa modalidad lingüística), al final se quede solo el apuntador. El director del trabajo pudiera convertirse en un cuasi-redactor oficioso en tal empresa. Aquí vendría también la cuestión de la «infraestructura» laboral, de la inmadurez o precipitación de los estudiantes al escoger una zona para la que muy rara vez se hallan preparados.

III
GUÍA PRÁCTICA
(*decálogo del profesor*)

1. Saber escuchar/leer.
2. Saber corregir.
3. Pecar de redundante antes que de parco; no solo en cuanto al hecho de repetir explicaciones (pedagogía), sino también en lo referente a contenidos: resulta más positivo que negativo en la enseñanza el mantenimiento de las oposiciones *s/z* y *ll/y*; no es cuestión de cantidad o número de hablantes que seseen o sean yeístas (*norma descriptiva*), aunque no se desprecia el factor «extensión de un fenómeno», sino de ventajas en términos de teoría de la información o economía o no dependencia del contexto, etc.: de conciencia histórica de *la norma ideal*. Hablo en términos generales, claro está.
4. Guiarse por el sentido común agudizado/aguzado desde unas circunstancias dadas. No dejarse llevar en exceso por lo pedagógico puro, sino más bien por...
5. ...por el *diasistema* o conocimiento amplio del español.
6. Poner énfasis, en suma, en una formación hispanística básica muy rica: la especialización no podrá darse sin buenos cimientos. Compárese el enfoque paralelo dado por mí al tema de lo coloquial en la enseñanza del español a extranjeros: arrancando desde muy atrás.
- 7-10. [Aquí no voy a dar ninguna otra recomendación. Serán los propios lectores quienes completen con otras ideas igualmente dignas de figurar en esa fórmula apotégmica, universal, del decálogo].